

puso quedara sin colocación inmediata para dármela á la hora que fuera menester.

— De hoy á mañana, me dijo, tendremos la refriega; Miramón acaba de salir de México y viene á buscarnos: el bendito descalabro de Toluca nos evita sitiar la capital con elementos escasísimos, y á la ciudad sufrir los horrores de un asedio... Cree Miguel que todo es presentarse y obtener triunfos; mejor; su buena estrella no puede durarle siempre y es lógico que le batamos otra vez.

— ¿Y cuál es el plan?

— El plan es marchar hasta dar con el enemigo, y una vez encontrado, pegarle ó que nos pegue...

A la mañana del día siguiente salimos á acampar cerca del pueblecillo de San Miguel Calpulalpam, á la vera del camino real, que era la presa que se disputaban los dos ejércitos.



CAPITULO XVI

Calpulalpam

No logré pegar los ojos en toda la noche. Me impidieron conciliar el sueño los gritos destemplados de los centinelas que custodiaban el campo, el aullar de los perros, y el frío intenso que llegaba acompañado de un airecillo que penetraba hasta los tuétanos. A eso de las cuatro de la madrugada, envuelto en mi desairada pañosa, dejé los ociosos terrones en que había pasado la noche, y me dí á vagar por el campo.

Obscuridad completa; al frente formaban una amplia cortina los árboles negrísimos, que como orla de aquella inmensa estribación de la serranía dejaban sus últimos toques en la llanura, donde agonizaba el paisaje. Luego, como exploradores del bosque, ejército de fantasmas que se parecía á lo lejos, una serie de chaparros, huizaches,

cierra-techina y mezquitillos que semejaban hombres agazapados, espías cautelosos, grupos apostados que trataban de adelantarse, husmeando aquella negrura. Una fila de sauces cercanos á una zanja, que se inclinaban al paso del viento como arcos de Nemrod, formaba un dique fantástico que de cuando en cuando dejaba penetrar algo de claridad.

Aquel punto es el fin de una serie de montañas, y lo que arriba es nieve, cumbre y acantilado, aquí es lomerío gracioso, ligera ondulación y ampliación del paisaje. La montaña, que es una frente ceñuda, va desarrugándose hasta llegar á convertirse en sonrisa que después se cambia en mueca de desconsuelo al mirar el camino, que, como sierpe perezosa, se desarrolla en multitud de anillas que voltean por ríos, collados, montañas y pueblos hasta morir en el mar inmenso.

A poco, el cielo empezó á teñirse en algunos puntos de claridad vivísima, como si alguien hubiera picado la tela de sombra haciendo surgir la luz oculta tras ella. Luego se formaron ligeros *stratus* amarillentos que no tardaron en volverse de rosa y amaranto, como láminas de una cantera riquísima; avanzó una nubecilla azul como las que forman las rompientes de gloria de los pintores místicos, y al fin apareció el sol con su caraza bonachona, dispuesto á tomar asiento privilegiado para ver la función que se preparaba.

No lo decíamos, pero todos pensábamos que aquello era lo decisivo, lo seguro, lo indudable; que íbamos, ó á tener conserva perpetua ó libertad á qué quieres boca; que Miramón ú Ortega no tendrían compasión con el que quedara y que era menester arrostrar lo que viniera, con ánimo sereno.

Apenas sonó la diana, los soldados se levantaron *argentos* y listos, y los trenistas y artilleros uncieron y cargaron el ganado formando batallones, escuadrones y baterías.

El general en jefe, en un caballo colorado retinto que ví ensillar, recorrió el campo recibiendo vivas y aclamaciones de sus bravos, acompañado de un sujeto de mediana edad, blanco, gran piocha rubia y ojos vivos, que ocupaba un cochecillo ligero.

— Es, me dijo un amigo, Pepe Alvarez, jefe de ingenieros, soldado instruído y buen patriota. Anda en ese *buggy* porque le falta una pierna que perdió el día anterior á la acción de las Vacas... Ahora está sufriendo de la herida, pues se le ha abierto y la sangre le sale de la bota.

Y continuó mi amigo:

— Esa eminencia es la de Calpulalpam; aquel campanario que parece de nacimiento es el de la iglesia de San Miguelito; la zanja que echa vaho á nuestro frente corre por el puente de San José... Ese camino que se divide en

dos va de una parte á la hacienda de la Goleta y de otra se reúne con la gran carretera nacional... Parece hecho adrede; hemos venido á formar precisamente frente á Miramón y nuestra batalla está opuesta á la suya de una manera casi académica... Usted comprende el golpe;



Miramón tapa la entrada del camino que lleva á México; nosotros tratamos de hacerle á un lado y de entrar á la capital... ¿Hay algo más sencillo?

Entre tanto iba ocupando nuestra gente las ondulaciones del lomerío. Por mucho que se haya leído descripciones de ejércitos europeos, no se tendrá idea del color y del relieve de aquellos chinacates que se reconcentraban para saber cómo habían de romper la cabeza á los conservadores que se hallaban en las eminencias vecinas. Las infanterías vestidas de manta blanca, con el arma al brazo y el paño de sol al aire, parecían (y no resultaba

inexacto decir que lo eran) manadas inmensas de carneros que quitaban color y aspecto á los collados en que se extendían; las caballerías estaban formadas de guapos caporales montados en caballos ligerísimos, bonitos *encuentros*, fuertes corvejones y finísimas pezuñas. Ninguno llevaba uniforme; los jefes vestían chaqueta de casimir, calzonera plateada y sombrero charro, y los de grados inferiores, blusa roja y lanza con banderín. Sólo iba de punta en blanco Leandro del Valle, con uniforme gris de grandes solapas negras, vestimenta que correspondía al cuerpo de ingenieros, que era el suyo.

A la derecha estaban las brigadas de Zacatecas y San Luis, mandadas respectivamente por González Ortega y Zaragoza; seguía Antillón con Guanajuato, Jalisco con Valle, y por último, casi tangente á la Goleta, la brigada de Huerta con Régules al frente.

Desde nuestro punto se miraba el límite del campo que moría en una sinuosidad del camino. El sol, que como una inmensa tela de oro cubría todo aquel espacio, hacía aparecer como de metal fundido á Ortega y á su Estado Mayor que se hallaban en lo alto de una loma limpia de matojos y plantas raquílicas. Era una noble y anticipada epifanía que llenaba de luz de gloria al que ya poseía cuanta pudo ambicionar.

A las siete y cuarto se oyó el cañón, no sé si en el lado liberal ó en el contrario. Luego empezó un zumbido

como de avispas enojadas: era la mosquetería que resonaba con más vigor del que podía creerse para ser el principio del encuentro.

— Es un reconocimiento, decía uno.

— Es contra el ala de Huerta.

— No hay temor; sabrán recibirles bien los morelianos.

— Alguien corre.

— Son azules.

— Sí, son azules; pero corren tras los blancos.

Valle, separando el antejo del rostro, me ordenó con calma:

— Señor Pérez, avise usted al señor General en jefe que Miramón ha envuelto el ala izquierda y que las tropas empiezan á desbandarse. ¡Corra usted!

Apreté las espuelas á mi caballo, y llegué frente al General en el momento en que ya reinaba ansiedad en el grupo. Oyó Ortega el mensaje y me dijo excitado:

— Cabalmente acaba de salir Zaragoza á informarse de lo que pasa... Avise usted á Margarito Mena, que cargue en seguida.

Volé á cumplir el encargo, y pude ver que ya aparecían á nuestro frente, en la falda de la montaña, vadeando la zanja y en todas partes, uniformes azules que avanzaban primero aisladamente, después formando compañías, escuadrones, regimientos y batallones. Al mismo

tiempo tronaba el cañón en toda la línea nuestra, alzando cada disparo una columnita de humo que se perdía en el aire.

Un general bajito de cuerpo y de gran barba arregaba á dos batallones que avanzaban con el fusil listo para disparar. Blandía la espada, pero no se oían de su peroración más que frases sueltas. Patria... sacristanes... pueblo... Al fin se escuchó un ¡Viva la libertad! que fué contestado ardientemente, y los dos cuerpos salieron á paso veloz para cerrar el paso á la mochitanga.

Mena (que por supuesto difiere radicalmente del joven y animoso capitán Francisco Z. Mena, que se encontraba entre los de Antillón), parece que le veo, moreno, cara ancha y peluda, ojos despavoridos y aspecto de indecisión, oyó la orden y nada dijo. Considerando que no podía volver al lado del General á causa de que el fuego estaba ya generalizado en todo el campo y porque la cosa urgía, alineé mi caballo entre los de aquellos jinetes que aguardaban el momento de la carga.

Salió un disparo de nuestro grupo, sentí que me apretaba las piernas el penco de un charro que se hallaba á mi lado, noté que un jinete caía de rodillas y que la cabalgadura echaba á correr, y cuando aguardaba que se se diera la orden de cargar, ví á Mena bajar la cabeza, hablar con otro jefe que tenía cerca de sí y por fin alejarse un trecho del campo.

Comenzaron las voces subversivas; muchos arrendaron sus bestias, otros quisieron tomar impulso y salir solos contra el enemigo, uno gritó que había de por medio dinero de la Iglesia y otro injurió á Mena llamándole cobarde.

De repente vimos un caballo retinto que llegaba á todo escape, unos ojos ardientes que nos miraban, una mano que alzaba un látigo, y una voz que gritaba:

— ¡Adentro, muchachos! ¡viva la libertad!

Era González Ortega; González Ortega transformado, radiante, lleno de brío y de fuerza, inclinado sobre la cabeza de la silla, dejando ver apenas el ala tendida del sombrero, la mano blanca y nudosa y el látigo relampagueante.

En el momento de salir cayeron varios jinetes, pero nadie hizo caso de ellos; se les oyó gritar, blasfemar, quejarse; mas no hubo quien se moviera á compasión. ¡Viva la libertad! y allá va el tropel inmenso de caballos de todos los matices que se mezclan, se confunden, se reúnen, se separan y se vuelven á juntar á manera de vidrios de un kaleidoscopio gigante. Me rompen las piernas los caballos cercanos; pero en cambio me llevan queriéndolo ó sin quererlo.

No percibo más olor que el de las bestias sudorosas y el del polvo que levantamos; pasan ante mí campos, arboledas, terrenos de labranza, un ranchito con ganado que

evoca ¡misterios de la mente humana! el recuerdo del portal de Belem; rebasamos una batería de cañones brillantes cuyos artilleros nos ven pasar como visión diabólica, y nos encontramos en un camino blanquísimo. Me ciega el brillo de los sables; me molesta el subir y bajar de las manos morenas que llevan las riendas; el bullir de las crines de los caballos me produce vértigos; el ir y venir de chaquetas, blusas, chaparreras y banderolas me parece maquinal y convenido.

¡Viva la libertad! El grito que se oía al principio claramente, después se percibe indistinto, fraccionado, sin cohesión; muchos lanzan blasfemias, muchos cantan; pero sólo se les ve abrir la boca sin que se oigan las palabras. Porque hay que decir que en aquella ocasión los que peleaban solían cantar las canciones que entre nosotros se estilaban: *Los cangrejos*, *Los moños verdes*, las mil tonadillas del campamento.

Caen varios jinetes á una hondonada del camino, revienta cerca de otros una bala de cañón, y veo revueltos, monturas, bufandas, caballos y sombreros. Los *cuacos* corren enloquecidos, arrastrando ponchos y frazadas; uno tira del jinete, que se quedó pendiente de una pierna; otro abandona al dueño que cayó con la cabeza segada á cercén por un casco de granada.

Y mientras, allá vamos furiosos, incontenibles como un alud, como una fuerza de la naturaleza. Me hallo al